

## RELACION HISTORICA

## De Capotillo a Santiago

Por el General BENITO MONCIÓN (1)

Cuando llegaron los españoles al país, en el año de 1861, era yo Teniente Coronel de Ejército, por servicios prestados durante la lucha de Independencia. Mal avenido con su dominación, me preparé a hacerles la guerra tan luego como se me presentara la oportunidad. Fué ésta la del movimiento revolucionario de Enero de 1863, dirigido por el Jeneral Lucas de Peña. En el que participaron también: Juan Antonio Polanco, Norberto Torres, Santiago Rodríguez (α) Chago, José Ramón Luciano, Juan de la Cruz Alvarez (α) Cacú, José Cabrera, Pedro Antonio Pimentel, Jove Barriento i algunos más que ahora no recuerdo.

Verificado el pronunciamiento de Guayubín el 24 de Enero i apoderándonos de armas, pólvora, i municiones, confeccionadas, existentes en el Arsenal desde la época de la República —la pequeña guarnición española se retiró para Monte Cristi— fuí encargado, ocho o diez días después, de marchar contra las fuerzas españolas que, habiendo salido de Santiago a causa del dicho movimiento, se hallaban acampadas en Villalobos, al mando de los Jenerales dominicanos José Hungría i Gaspar Polanco. Llevaba conmigo ochocientos hombres i una pieza de artillería de α 8. En el sitio nombrado "Hato del Medio Abajo" topé con una Comisión, que el Jeneral Hungría enviaba a Guayubín, compuesta de los dominicanos Furcy Foundeur, Carlos i Tito Fermín; i mui poco después fuí alcanzado por

Pedro A. Pimentel, con dos o tres a caballo, enviado con orden del Jeneral L. de Peña mandándome retroceder para Guayubín; lo cual ejecuté con toda la jente. Al llegar me dijo el Jeneral Lucas: "que se había decidido a no hacer la operación i si entrar en arreglo con los españoles, los que estaban dispuestos a dar garantías a todos i a hacernos concesiones más tarde", según lo testificaba la Comisión allí presente. La misma de que he hablado.

Yo declaré: que no me conformaba con lo resuelto e iba a efectuar siempre el ataque con los que quisieran seguirme. Entretanto, se había desorganizado la tropa, irritada al saber lo que estaba pasando; de tal modo, que algunos intentaron hacerle fuego a los partidarios del arreglo. Con los que me acompañaron me dirijí al paso de Mangá. transporté dos piezas de α 4, que entonces llevaba, al otro lado del río, colocando una en el mismo paso i la otra en el fuerte de Mangá; ambas mandadas por el Coronel dominicano San Mézquita. Llegó la columna española —que ya había estado en Guayubín sin encontrar quien le disparara un tiro, pues tan pronto como yo me puse en marcha se desparajaron los que allí estaban, yéndose los Jenerales Lucas de Peña i Norberto Torres para Dajabón— i se puso a atravesar el río, que estaba mui bajo. Mandé disparar con la pieza del paso, causándole daño a su caballería; pero siempre continuaron vadeando, tomándonos, al mismo tiempo, la dicha pieza. Entonces se hicieron dos o tres tiros con la del Fuerte, matándoles seis u ocho hombres. Sin embargo del cañón i de la fusilería, como quiera que mis fuerzas eran apenas de cincuenta hombres, fuí derrotado. En el mismo día me reuní a Pimentel i al Jeneral Juan A. Polanco en la boca de "Aminilla"; i, al instante, organizamos una columna de noventa y seis hombres, con la que fuimos a situarnos en el paso de "San José" —camino de Sabaneta— para esperar allí a los españoles; más, habiendo sido advertidos de nuestro plan por los prácticos dominicanos Andrés Fermín y Miguel Mejía, cambiaron de camino tomando el del "Cantón del Medio", para dirijirse a Sabaneta, al ataque de nuestra jente que allí mandaba el Coronel José Már-

(1).—Esta narración apareció originalmente en un folleto impreso en esta ciudad en 1902, con unas palabras liminares, en elogio del prócer Monción, por el brillante escritor y periodista Miguel Ángel Garrido (1867-1908). Fué dictada por el General Monción a don Mariano Antonio Cestero (1838-1909), en marzo de 1887, residiendo ambos en Turks Islands, a donde se habían refugiado cuando abandonaron el país a fines del año anterior, a causa del fracaso de la revolución llamada de Moya.

Benito Monción nació en la Común de Concepción de La Vega en 1827, pero desde muy niño su madre se fué a vivir a Dajabón, donde se hizo hombre. Figuró en las filas libertadoras en nuestra guerra con Haití y en la última campaña alcanzó el grado de capitán. En la campaña restauradora figuró como uno de los más distinguidos campeones. Como político ocupó importantes cargos públicos durante luengos años. Gobernador de Santiago, gobernador del Distrito de Monte Cristi, Jefe de Operaciones, etc. Murió en Guayubín el 11 de Febrero de 1898.

Sus restos reposan en la Capilla de los Próceres, de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santo Domingo, desde el 16 de agosto del año 1944.— (V. A. D.)





tir desde que pronunció la Plaza el día 24, dispersando la guarnición española, que fué a parar, una parte a Santiago, la otra parte a Guayubín, donde hicimos prisionero al médico militar. Efectivamente, fué atacada i derrotada quedando muerto el dicho Coronel Mártir.

Experimentados estos descalabros, se dispersaron los principales revolucionarios en distintas direcciones: Pimentel i Juan A. Polanco se fueron a "Lozano" —en la sección de Monte Cristi—; i Cabrera, el Coronel Juan de la Cruz Alvarez (Cacú) i yo, para el "Capotillo Dominicano".

Los habitantes de Guayubín, Sabaneta i demás puntos fronterizos abandonaron sus casas huyendo, en su mayor parte, para el territorio haitiano; del mismo modo que muchos de Santiago habían ido a guarecerse a la Línea, a causa de lo acontecido allí en la noche del 24 de Enero.

El Coronel Cabrera, Cacú y yo, reunimos inmediatamente en Capotillo quinientos hombres i nos preparamos a resistir el ataque de los españoles que se hallaban en Dajabón; pero en esto llegó al campamento una comisión de tres dominicanos, de los cuales sólo retengo el nombre de Carlitos Rodríguez (α) el Chino, con el encargo de decirnos, de la parte del Jeneral Hungría: "que todos se podían retirar a sus casas, sin ningún temor de ser perseguidos; i en cuanto a los jefes, que permanecieran ocultos hasta que, en el término de tres meses, les llegara el perdón de la Reina". Dispuse enviar cerca de Hungría a don Diego Crespo, venezolano naturalizado dominicano. A su regreso confirmó lo ya dicho por la Comisión; pero tuvo la imprudencia de hacerlo en público, ocasionando con esto la deserción de la jente de armas que teníamos organizada, a la vez que la vuelta a sus casas, o la entrada en Haití, de las familias allí refugiadas. Ya solo, dispuso Cabrera, seguido de unos pocos, irse para "David" —lugar situado en la misma loma de "Capotillo Dominicano", aunque algo más adentro—; i Cacú i yo nos pasamos a "Capotillo Haitiano", a las ocho de la noche de aquel día. Al siguiente, a él se lo llevaron para el Cabo Haitiano unos vividores dominicanos de por allí; i a mí me ocultaron en "Tousante". Ocho días después monté a caballo, reuní un buen número de dominicanos, de los regados en aquellos sitios, i me reuní con Cabrera en "David". En los primeros días de nuestra reunión, se internó el Coronel español Campillo, más allá de "David", derrotando a Cabrera; yo acudí, i, reuniendo las fuerzas lo atacamos i derrotamos, de medianoche al día, entre "David" i la

"Ermita Vieja" de Capotillo haciéndole un prisionero. I, durante cinco meses, no cesamos de atacar a las guarniciones españolas de Dajabón, i aún de Guayubín, sin que dispusiéramos de más tropa que cuarenta o cincuenta hombres a lo sumo.

Habiéndose agotado las municiones, me puse en camino para Haití con el empeño de conseguir las: en el "Trou" me vió el Jeneral Silvain Salnave, a quien no conocía; él me ofreció armas y pertrechos que reunía por suscripción ente sus amigos del Cabo Haitiano. Cuando me dirigía para allí, hallé en "Parroise" al Jeneral Santiago Rodríguez (α) Chago, que llevé conmigo; i en la Ciudad, al señor Humberto Marsán, quien me regaló, hecha por él, la primera bandera dominicana que flotó en las filas de la Revolución. (2).

(2).—Con motivo de la publicación de este folleto, el Gral. Rafael R. Rodríguez dió a la estampa la siguiente ACLARACION HISTORICA:

Dajabón, 14 de marzo de 1905.

Señor don Mariano A. Cestero.  
Santo Domingo.

Muy señor mio y de toda mi estima y respeto:

Como fué a Ud. a quien el digno campeón de la restauración, Benito Monción, le hizo la relación de los hechos de esa jornada, en lo que concierne a su nacimiento, en la cual se habla de una bandera que al dicho general Monción le regalara el señor Marsan; y como en su relato dice el ya dicho general Monción, que en su salida se encontró con Santiago Rodríguez y se lo llevó; por eso dirijo a Ud. esta aclaración, hecha por el mismo señor H. Marsan. Al hacerla en forma de carta abierta, es por que no dudo que Ud. recuerde que cuando vi el folleto publicado en agosto de 1902 por don Miguel A. Garrido, protesté, no de la declaración de V., que ningún interés demuestra en pró ni en contra de ninguno de esos ciudadanos; pero sí en nombre de toda la familia Rodríguez, de la falsa y antagónica relación del general Monción; y como entonces, al igual de ahora ofrecí hacer luz a la historia; me prometí publicar un folleto con datos y declaraciones capaces de hacer conocer en el país, quien fué el olvidado general Santiago Rodríguez, tan abnegado como desprendido.

Paso a los hechos.

En una noche de las últimas del mes de setiembre del año próximo pasado, me llegué a la morada del señor Marsan, y en presencia del general Francisco Alemán, en la loma de Castañuela, le pedí me explicara lo del regalo de la bandera que él le hizo al general Benito, y con su habitual cortesía me dijo: "yo he leído y oído hablar siempre de eso de la bandera que aique regalé a mi compadre Benito; pero no hay ni hubo tal regalo; lo que pasó fué, que en esa época del 63, estando yo en Cabo Haitiano, un día se me presentó Chago, mi viejo amigo y me puso al corriente de sus gestiones revolucionarias; luego salimos, lo conduje en casa de un tal Monsanto, comerciante; Chago sacó de su faltriquera una larga cadena de oro que supongo fuera la de su matrimonio; justipreciamos la prenda entre los tres, luego Chago tomó lamilla para tres banderas; yo le aconsejé no comprar blanca y que comprara percal que le resultaba más fuerte y económico.

Luego tomó algunos potes de pólvora y volvimos a casa; estando allí, nos notificaron que ya la autoridad nos seguía de cerca los pasos; entonces convenimos en que él se iría al campo donde estaba oculto.

El salió esa misma noche y yo me quedé confeccionando los cartuchos y haciendo las tres banderas."

Hasta aqui he podido retener el relato del Señor Marsan, el que él me prometió dar por escrito. Cuando así suceda, él confirmará o modificará el mío.

Dejo en plé la promesa de dar informes y aclaraciones históricas, que hoy por hoy no puedo dar por estarlas coleccionan-





Mi viaje duró, por lo menos, un mes, empleado en confeccionar i preparar las municiones. A la vuelta me acompañaban el Jeneral Santiago Rodríguez, capitán Eugenio Belliard, Segundo Rivas, Alejandro Bueno, Pablo Reyes —hoi Jeneral—, mi hermano Juan de Mata Monción, nombrado más tarde abanderado; i otros dominicanos, cuyos nombres no recuerdo; los que yo iba incorporándome en el tránsito. En "La Visite" hallé a Pimentel i Luis Lléllé. Entregué al primero una carga de municiones, con la que se fué a reunir la jente de "Macabón" i "Martín García", acantonándose después en el paso de "Macabón Arriba", situado entre Dajabón y Guayubín.

El 15 de agosto, a medianoche, dejamos a David: Cabrera i Santiago Rodríguez, a la cabeza de ochenta hombres, con destino a Sabaneta i yo con treinta i seis, i una bandera —la de Marsán— para ir sobre Guayubín. Ibamos a recomenzar, con más vigor ahora; i, al fin, con más feliz resultado para la Patria, la lucha que no habíamos abandonado desde el 24 de Enero.

Me amaneció en los Cerros de las Patillas, a vista de Dajabón i mui próximo al campamento español de Belair. Fuerte de Beliar. Levanté en una altura la bandera dominicana, de manera que la viesen los españoles. Seguramente la vieron, puesto que nos hallábamos mui cercanos. Pero no ejecutaron ningún acto hostil contra nosotros, sino que emprendieron marcha, tomando, al parecer, la dirección de Guayubín; yo me puse en su seguimiento. Serían las seis de la mañana. Advertido Pimentel, por sus espías, del camino que llevaban, se preparó a aguardarlos en el paso del arroyo Macabón, donde, como a las nueve o diez de la misma mañana, les rompió fuego de frente, mientras yo les atacaba por retaguardia. Aunque con algunas pérdidas, siempre forzaron el paso; i, así que adelantaron terreno, cambiaron el camino de Guayubín por el de Castañuela, dirección esta para ir a Monte-Cristi. La columna constaría por lo menos, de cien hombres; i llevaba de jefe al Brigadier Buceta. En Belair habían quedado ciento cincuenta al mando de un jefe español.

do y haber pedido la rectificación por escrito de otras que me hon sido referidas.

Soy de Ud. como siempre, s. s. s. y amigo: Rafael R. RODRIGUEZ. (*Listín Diario*, 18 de abril de 1905).

La protesta de que habla el general Rodríguez, autor de esta carta, apareció en el *Listín Diario*, S. D. 23 de agosto de 1902, bajo el título de *Para la Historia*.

Marsán murió en los días de la Intervención Norteamericana, en edad avanzada.— (V. A. D.)

Aún no he dicho que, del 13 al 14 de Agosto, Juan A. Polanco i el Coronel Francisco Antonio Gómez (α) Toñico, intentaron apoderarse de Guayubín, siendo rechazados por el Coronel Félix Gómez. La acción fué mui sangrienta para los españoles, por sus muchas pérdidas, entre éstas la del jefe de Plaza, el Coronel dominicano Sebastián Reyes. Para nosotros no lo fué tanto, pues sólo tuvimos tres o cuatro muertos i pocos heridos.

Pasado el encuentro de Macabón, reunimos las fuerzas, que montaban a unos doscientos hombres. Seguimos persiguiendo a los españoles hasta Castañuelas allí me detuve con los de infantería —ya serían las 6 de la tarde—; i Pimentel, con los de caballo, alumbrándose con velas de cera, se puso a seguir las huellas que dejaba el enemigo, a fin de cerciorarse de la exacta dirección que seguía; al llegar a Corral Viejo, adquirió la certeza de que iba para Guayubín: Entonces me mandó a buscar con tola la jente. A medianoche estábamos reunidos.

Aguardamos el día. Era el 17. Alcizamos a los españoles en Doña Antonia, los cuales habían ya desechado el camino de Guayubín, tomando otro que pasa a mucha distancia de esa población; les rompimos fuego i los derrotamos en el acto i seguimos persiguiéndolos por todo el camino, que iban sembrando de heridos, de muertos i de prisioneros, de armas, municiones, etcétera, de tal modo que, ya el llegar a Guayacanes, sólo acompañaban a Buceta ocho o diez de a caballo. Pero nosotros también nos habíamos reducido a los de la misma clase; i entre éstos Pimentel i yo corríamos mui avanzados sobre los demás. La tropa nuestra se había retardado, en la ocupación de hacer prisioneros i de recojer los despojos del enemigo, i por la extrema celeridad i fatiga de la marcha. La infantería española no existía ya: muertos o heridos unos, prisioneros o perdidos en el monte los demás. En Guayacanes, se desmontó Buceta en la casa del Señor Juan Chaves —más tarde he oído decir que cambió de caballo— precisamente cuando, viendo Pimentel que nos hallábamos solos, se volvía atrás para hacer avanzar a la jente de a caballo: al reunirse conmigo, emprendía de nuevo Buceta la huida i nosotros —Pimentel i yo, aún solos— su perseguiamiento tan de cerca, que éste echó a tierra de un machetazo, a un oficial que creyó ser el Brigadier; i yo, de un tiro de revólver, al peón de la carga. Pero resultó que en la parte arriba del cementerio de Guayacanes se le aballó el caballo a Pimentel, mientras yo





seguía hasta el "Cayucal", en donde al ir a herir a Buceta, que montaba un caballo pardo, se cayó el mío.

Cuando me incorporaba fui herido de sable en la cabeza—de cuyo golpe quedé aturrido—por un dragón español; i, seguidamente, en la muñeca del brazo izquierdo. Viéndose Pimentel con la montura inútil, continuó corriendo a pie; i por fortuna mía llegó a tiempo para librarme de mi contrario, derribándolo de un machetazo. En esto llegaron Gabino Crespo, Alejandro Campos i otros: me condujeron a la casa de Francisco Cruz, en el mismo Guayacanes, i continuó luego la persecución; pero Buceta había ganado mucho terreno, en lo que se ocuparon de mi herida i de buscarle caballo fresco a Pimentel. Cesó en Peñuela, en donde se incorporó, por la primera vez a la Revolución, el Jeneral Gaspar Polanco.

Todos se dirijieron a Guayacanes, en cuyo lugar había hecho alto nuestra infantería.

El 19, en la noche, fué atacado ese cantón por fuerzas salidas de Santiago en auxilio de Buceta; tuvimos ocho muertos i algunos heridos. Retiróse la columna española en la madrugada del 20 i nuestras fuerzas avanzaron detrás, el mismo día; no hubo encuentro de formalidad, sino tiros de distancia en distancia, hasta llegar a la Peñuela, donde hicieron alto: la columna española continuó, entrando a Santiago en la tarde. Ya organizadas las fuerzas, salieron de la Peñuela i llegaron a Quinigua del 21 al 22 de Agosto.

El día 18, en que fuí trasladado de Guayacanes a Guayubín, salieron de éste Juan A. Polanco i el Coronel José Antonio Salcedo (α) Pepillo, para atacar los ciento cincuenta españoles de Belair. Tan luego como percibieron las tropas dominicanas, abandonaron, sin un tiro, el fuerte; i, pasando el río Masacre entraron en Haití.

Dije, que el 16 marcharon los jenerales Cabrera i Santiago Rodríguez sobre Sabaneta, donde estaba el Jeneral Hungría con una fuerza de cien o más españoles; éste abandonó la Plaza, situándose en El Pino. De poca importancia fue el encuentro, derrotándose sin embargo Hungría sobre Sabaneta; sin embargo, los nuestros le fueron detrás hasta la Subida del Tabaco, camino de San José de las Matas.

Al cabo de tanto años, i siendo tanta la cantidad de hechos que debo recordar, mi memoria no me permite fijar, con toda exactitud, las fechas en

que esos acontecimientos sucedieron, a no ser que se trate de los verificados en las más notables, cuason: el 24 de Enero, el 16, 17, i 18 de Agosto; pero sí puedo decir, con bastante fijeza, si un hecho se realizó al principio, al mediar, o a fines de tal o cual mes. Así pues, no aseguro el día—quizás fué 18 ó 19—, en que, el entonces capitán de Sección Federico de J. García, i el Coronel Aniceto Quintana, marcharon contra Monte Cristi, lo tomaron e hicieron prisionera a su pequeña guarnición española i al jefe de la Plaza, el Coronel dominicano Ezequiel Guerrero.

Permanecí como ocho días curándome en Guayubín; no estando aun bueno a su término me puse en camino para el campamento de Quinigua habiendo antes ordenado a Cabrera que fuese a acantonarse en San José de las Matas, dejando a Santiago Rodríguez en Sabaneta. Más tarde, cuando estuvieron las fuerzas revolucionarias sobre Santiago, le ordené al Jeneral G. Polanco que ocupase a Otrabanda.

Ligaba yo a Quinigua i ya nuestras tropas habían salido para Santiago; puse un correo, con el objeto de que me aguardaran; pero no pude alcanzarlas sino en La Sabana. En ésta se desplegaron nuestros mil i más hombres—no todos armados—i las fuerzas españolas al frente, ocupando el recinto de la población. Tuvo lugar el choque—debió de ser del 28 al 30—i fueron derrotadas dejando en poder nuestro una pieza de artillería. Las pérdidas de su lado se redujeron a un artillero muerto; del nuestro a nada absolutamente. Ellos ocuparon la Fortaleza de San Luis i el Castillo Santiago i nosotros la población de Santiago.

Yo me acantoné en la Cárcel vieja; Gaspar, el Jeneral Pimentel, i demás jefes, se acantonaron por el lado de Los Chachases. Todos los días teníamos encuentros con las guerrillas o columnas salidas de la Fortaleza o del Castillo Santiago. Intimamos a éste la rendición. No recuerdo el nombre del parlamentario; sí que lo retuvieron sin darnos contestación. Entonces lo atacó i lo tomó el Jeneral Pepillo Salcedo.

Tuvimos cuatro muertos i un herido, i el enemigo dos muertos i un prisionero. Se halló el parlamentario amarrado en el suelo. Queplóse Salcedo en el Castillo i para artillararlo se mandó buscar a Moca un cañón, el cual fué colocado allí; i después en un cerro, más abajo, desde el cual sus disparos hacían más daño a la Fortaleza. Contribuyeron en el trabajo de montarlo: el coronel Eloi





Aybar, el Teniente Coronel de artillería José Pier, i Papá-Pacheco. El primero sirvió mucho, cuando se estableció el Cantón General en La Ceibita, pegada a su casa de Los Chacases.

Después del ataque del Castillo Santiago se me presentó Luperon, que venía de La Yagua, jurisdicción de La Vega—, acompañado de un tal Dionisio—he olvidado el apellido—de Moca. Recuerdo que era indio, buen mozo i de jenio mui vivo; i respecto de Luperón, que llevaba un saco musgo, sombrero Panamá de alas anchas i una espada de cruz. Yo lo conocía por haberlo visto en Mangá, antes de mi encuentro con los españoles, cuando la revolución del 24 de Enero. Al mismo tiempo de la llegada de Luperón, se mandaba a buscar a Moca al Jeneral Gregorio de Lora, con el propósito de oponérselo al Jeneral Juan Suero, cuya venida de Puerto Plata, en auxilio de Santiago, se sabía en nuestro campamento. Llegó Lora, se le sacó i alistó la jente con que debía ir a ocupar los "Pasos de las Lavas", a fin de impedir o dificultar la operación de Suero; pero Gaspar, cambiando bruscamente de opinión, se empeñó, contra la mayoría, en que antes se debía atacar la Fortaleza. Efectuose ésto, ocasionándonos muchas i sensible pérdidas; i, la mayor, la de Lora, quien, herido en una pierna, murió poco después en Moca.

Ya pasado el ataque presentóse en el campo el Jeneral Juan Nuesí (α) Lafí, quien había estado aguardando a Suero, con bastante jente, aunque mal armada, i creyendo conveniente hacerse de algunas armas venía con ese fin, habiendo dejado encargado del puesto a un tal Latour de Monte-Cristi. En eso verificaba Suero su marcha, no sin que le hiciera una buena resistencia Latour, causándole de 16 a 20 bajas del Paso de Bajabonico a la subida de La Cuesta del Balazo, cadáveres que vi yo más tarde.

Debo hacer presente que, verificado el ataque de la Fortaleza, dejamos la población, ocupando sus orillas i siempre La Otrabanda. El Jeneral Silverio Delmonte fué agregado al Jeneral Cabrera en ese puesto, del que se hizo cargo más tarde mientras éste se retiraba con licencia.

Al saberse que Suero se hallaba en Gurabito movimos el cantón jeneral, ocupamos el Fuerte-Dios, i plazamos fuerzas en la Sabana con una pieza de artillería montada por papá-Pacheco. Trabose la pelea, cayéndose a poco el cañón, aunque ya le ha-

bía causado daño al enemigo. No obstante nuestra fuerte resistencia i las pérdidas sufridas —quedaron más de sesenta cadáveres españoles sobre el campo de batalla—, siempre consiguió Suero penetrar en la Fortaleza de San Luis.

La confusión era grande aquel día. En tanto que nos batíamos desesperadamente en la sabana, ardía Santiago, a causa de haber mandado el Jeneral Gaspar Polanco dar fuego a una casa situada en la parte arriba del Fuerte San Luis, para que las llamas i el humo perjudicaran a los españoles allí atrincherados. El incendio se propagó en toda la población debido al mucho viento que estaba soplando; pero también pegaron fuego del lado de Los Chachases. Ignoro quién fuese; si sé que el encargado de darlo, según la orden de Gaspar, fué un borrachín de Licey llamado Juan Burgos.

A causa de la pelea con Suero —que comenzó a mediodía i duraría una hora— se agotaron casi nuestras municiones i se desorganizaron los cantones yéndose unos a Licey i Jacagua, otros a Gurabo; yo permanecí en el Castillo Santiago, hasta el toque de craciones, i de allí me pasé para Licey. Al siguiente día se organizaron de nuevo con las municiones llegadas de Moca en esa madrugada.

Me había olvidado de decir que, realizado el ataque de la Fortaleza, llegó al cantón de La Ceibita el Coronel León Merejo, con una pequeña fuerza de Moca, cuyo mando se dió al Jeneral Luperón para que fuera al encuentro de una columna enemiga que, provista con una pieza de artillería, salía en el acto de la Fortaleza; el encuentro tuvo lugar en Los Chachases, quedando muerto Merejo i otros; del lado contrario hubo igualmente bajas. Después de esto fué encargado Luperón del puesto de Arenoso, más arriba de Mari-López. Estando en él se le presentaron: Casiano Martínez, dominicano, i dieciocho españoles salidos de la Fortaleza; el primero nos había engañado en una comisión de que lo encargamos en Guayubín. A todos los fusiló Luperón.

Como para mediado el mes de Setiembre se presentó al Cantón jeneral de La Ceibita, parte arriba de Los Chachases, una comisión enviada por Buceta, la que componían: el Padre Charbonneau, el Coronel español Velasco i el teniente Muza; y su encargo aparente era decirnos de parte del Brigadier: "que los jefes de la Revolución, sin estar acompañados de tropa, podían pasar a la Fortaleza, para recibirla i convenir, además, la manera de garantizar los heridos que tenían los españoles en la



entre ellos los jenerales Gaspar Polanco i Pepillo Salcedo, pero yo me opuse rotundamente; en lo que discutíamos, realizaban los españoles lo que quizá se propusieron al entretenernos con la Comisión; i era salirse de la Fortaleza, como lo hacían, tomando enseguida el camino de Puerto Plata, protegida la retaguardia por su artillería de montaña. Era pasado el mediodía. Emprendimos su persecución rompiéndoles fuego desde Gurabito. Entre Vanegas i Quinigua hicieron alto, conteniendo nuestro movimiento de avance con sus cañones. Dispuso el Jeneral Gaspar Polanco organizar una columna, como de trescientos hombres, que por camino de travesía pasara delante de la española i se situara en el ventajoso punto del Carril. El mismo Gaspar Polanco se puso a la cabeza. La columna enemiga levantó la marcha de madrugada i a poco andar llegó donde estaba apostada la nuestra; el encuentro le fué costoso; para nosotros no, por la ventaja de la posición.

Allí se cogieron a Alejandro Angulo Guridi (dominicano) (3) i su familia, i a varios dominicanos más. También algunos heridos españoles. Continuamos siempre persiguiéndolos a retaguardia, i en la subida de El Limón, les quitamos a Miguel Santelices i familia i a otros dominicanos. Al llegar a Altamira, hicieron alto i poco después se pusieron en marcha. En el lugar nombrado Arroyo Negro estaban los rancheros (4) con Latour de jefe; el mismo del lance de Suero. Habían tapado el camino con árboles derribados al efecto; el ataque fué sangriento para los españoles. Obligados, a la vez que se batían de frente i por retaguardia, en malísimo terreno, a limpiar el camino para continuar su retirada. Quedaron muertos: el coronel dominicano Antonio Ceara i otros dominicanos, i dos españoles. En Los Llanos de Pérez pararon. Era mediodía. Viendo que pasaba el tiempo i no levantaban la marcha, notamos que a su derecha quedaba un gran cañaveral i se dispuso darle fuego, mandando al efecto una guerrilla por dentro del monte;

(3).—El licenciado Alejandro Angulo Guridi, nacido en San Juan de Puerto Rico el día 3 de mayo de 1823 y muerto en Masaya, Nicaragua, el 17 de enero de 1906, se adhirió entonces a la causa nacional y prestó importantes servicios al Gobierno de la Restauración, lo mismo que su hermano Francisco Javier (1816-1884). En la bibliografía del primero se ha omitido inadvertidamente su folleto *Exclusivismo y fraternidad de los pueblos*, Santo Domingo, Imprenta Nacional, 1854, del cual se conserva un ejemplar en el Archivo del historiador García; y en la del segundo el siguiente: *Memoria leída ante el Honorable Ayuntamiento de Santiago sobre la construcción de un camino de hierro de dicha ciudad a Puerto Plata*, por Javier Angulo Guridi.— Imprenta Nacional: abril 26 de 1860, del que poseemos un ejemplar.— (V. A. D.)

(4).—Los habitantes de la sección de *Los Ranchos*, jurisdicción de Puerto Plata.— (V. A. D.)

Iglesia Vieja. Varios se prestaban a lo propuesto, el viento favorecía la operación, arrojándoles las llamas i el humo; inmediatamente tomaron el camino. Llegando al otro lado de Bajabonico, cesó la persecución. Hicimos alto, cansados, molidos por la fatiga, i muertos de hambre, i quedó establecido allí el Cantón Jeneral.

Al día siguiente me fuí a Santiago para hacer llevar a dicho Cantón una pieza de artillería, con la cual estuve de regreso seis u ocho días después. Hallé la noticia —trasmitida por un amigo desde Puerto Plata— de que los españoles preparaban una expedición contra Monte-Cristi. Habiendo sido nombrado jefe de operaciones de ese lugar, inmediatamente me puse en camino, acompañado de ocho o diez dragones, entre ellos el hoy Jeneral Timoteo Cordero. Al llegar al Alto de la Baitoa oímos fuego de fusilería; era que Federico García i Aniceto Quintana rechazaban e impedían el desembarco de la expedición española. Llegué a Monte Cristi, donde permanecí con la calidad militar que ya he dicho, hasta que tuvo lugar la grande expedición del Jeneral Gándara.

Respecto de ésta, puedo referir lo siguiente: llegaron los españoles i echaron fuerzas por la bahía de Manzanillo —punta del Presidente— i por el puerto de Monte Cristi. En él estaban: los jenerales Pimentel, Juan A. Polanco, Manuel Rodríguez (a) el Chivo, Francisco A. Gómez, José Ramón Luciano i Aniceto Quintana, yo i el Jeneral José Barriento. Teníamos 500 hombres, no bien armados. El Jeneral Federico de J. García había sido enviado con algunas fuerzas contra los que efectuaban el desembarco por Manzanillo. No pudimos resistir al enemigo, porque eran grandes sus fuerzas; i, además, estaban auxiliadas por los cañones de sus buques de guerra. Salimos derrotados, no sin haberles hecho importantes bajas. Un disparo de cañón dirigido por el Coronel San Mazquita echó a pique una lancha, matando algunos de los que estaban en ella. Sólo perdimos a Eujenio Cadete, muerto; i heridos que pudimos llevarnos: José Ramón Torres i Francisco Morel. En la noche de aquel día, ya reunidos todos en Guayubín, se nos agregaron doscientos hombres enviados de Santiago para reforzar a Monte-Cristi. Al siguiente quedó establecido el Cantón de Laguna Verde i al otro nos atacaron i derrotaron. En este lance perdí el sombrero. Pero después se organizaron los cantones de Duro i de La Magdalena, posiciones en las que nunca fuimos hostilizados; reduciéndose la guerra a encuentros que solían tener lugar, entre las guerrillas españolas i las nuestras, en el tránsito de Monte-Cristi a





los dichos cantones. I así se estuvo hasta el día, de cuya fecha no puedo hacer memoria, pero sí de que hacía largo tiempo de que estaban allí los españoles, en que se presentó el Jeneral Gaspar Polanco, Presidente en aquella actualidad del Gobierno Provisional de la República, i, reuniendo los cantones al fuerte cuerpo de caballera que llevaba consigo, fué a atacar a Monte-Cristi. Yo estaba seriamente enfermo. La operación nos salió mui cara, teniendo algunos muertos i heridos. De ahí en lo adelante no volvió a realizarse ningún hecho de importancia hasta finalizar la guerra.

Voi a concluir, pero antes deseo hacer unas declaraciones: *Primera:* que, durante mi permanencia en Capotillo Dominicano, ningún jefe principal, a excepción del jeneral Cabrera, estuvo conmigo hostilizando a los españoles desde la tal posición; porque el Jeneral Santiago Rodríguez solamente estuvo en ella cuando lo llevé a mi regreso del Cabo Haitiano, ya en las vísperas del 16 de Agosto. *Segunda:* que el mando de la revolución, dividido a principio entre los jefes principales, se unificó en el Jeneral Gaspar Polanco, quien lo ejerció hasta la formación del Gobierno Provisional, del que fué el primer Presidente el Jeneral José Antonio Salcedo (α) Pepillo. *Tercera:* que muchos individuos participantes en el movimiento del 24 de Enero, no lo fueron en el de Agosto, tales como los jenerales Lucas de Peña i Norberto Torres i el Coronel Juan de la Cruz Alvarez (α) Cacú. *Cuarta:* que, según mis noticias i conocimientos de las cosas de la Revolución, con especialidad en el Cibao, no creo que el desgraciado Jeneral Pepillo Salcedo (Q. E. G. S.)

fuese culpable, como se le acusó sin probárselo, de manejos indignos en favor de los españoles; ese cargo a tan valiente jefe i buen servidor de la Patria, puede atribuírse: a algún mal entendido o quizás a intrigas políticas.

He concluído. Declaro que todo lo que antecede ha sido relatado con verdad, sin pasión ni interés, i sólo para satisfacer los deseos de un amigo i compatriota. Mi escasa memoria puede haberme hecho olvidar el nombre de algún restaurador cuyos servicios me constasen; i, por la misma causa, i del mismo modo, el de muchos valientes muertos en el ataque de la Fortaleza i en otros donde me hallara. Puede suceder, también, que, al referir haya trastornado el orden en que los acontecimientos se realizaron, o errádome en la fecha, i hora; pero lo repito: he dicho la verdad sin estar movido por pasión o interés de mala lei. (5)

(5).—Mariano Antonio Cestero nació en esta ciudad en el año 1838, hijo de Manuel Cestero y Martínez de León (fallecido el 13 de enero de 1877), y de Mercedes Aybar. Prestó notables servicios como restaurador y se distinguió como el más sagaz y vehemente de los oradores parlamentarios del Congreso Nacional de 1874. Fué ministro de Hacienda del Presidente Espaillat y, por no transigir con las irregularidades de la Aduana de Puerto Plata, a las cuales quiso poner coto en 1879 el Presidente Guillermo y le costó la caída, presentó gallardamente su renuncia. Como político, lo mismo que García y que Tejera, fué inflexible en su devoción a los principios democráticos y en su amor a las libertades públicas. Publicó los siguientes folletos: *27 de Febrero* de 1844, S. D., 1900, y *Descentralización y personalismo*, S. D., 1907. Como periodista colaboró en varios periódicos nacionales y redactó, en unión de Francisco Gregorio Billini (1844-1898), el interesante vocero *El Pabelón Dominicano*, órgano de la revolución libertadora contra el Gobierno de los Seis Años, periódico fechado en San Juan de la Maguana e impreso en Veladero, donde estaba la imprenta.

Mariano Antonio Cestero murió en su ciudad natal el 25 de octubre de 1909.— (V. A. D.)

